

hombres fuertes del Norte del don artístico. Tienen también el pensamiento y el ensueño”. Y menciona los nombres emblemáticos de Poe, Whitman y Emerson. “Como se ve, agrega Arellano, Darío no pudo menos que reconocer la asombrosa energía creadora de la civilización norteamericana”.

Luis Alberto Ambroggio, en su ensayo sobre Darío y Whitman, señala que en la escritura de Darío subsisten dos actitudes respecto a los Estados Unidos: “si por una parte rechaza su expansionismo imperialista... por otra expresa su admiración por ciertas características de los Estados Unidos, como su pragmatismo y constancia, tal como se refleja en su poema ‘Salutación al Águila’, que por cierto le valió duras críticas, principalmente de su amigo, el poeta venezolano Rufino Blanco Fombona. Darío respondió afirmando que ‘lo cortés no quita lo cóndor’”.

Darío denuncia con vehemencia, en su prosa y su poesía, la retórica expansionista del presidente Theodore Roosevelt, como un corolario a la Doctrina Monroe del “destino manifiesto”, según la cual Estados Unidos se reserva el derecho de intervenir en los países de América Latina y el Caribe, bajo el supuesto de proteger los intereses norteamericanos. Pero, también, “por su nobleza de espíritu supo reconocer los atributos positivos del pueblo anglosajón en aras de alentar el respeto y la hermandad entre las dos Américas”, como lo afirma en su texto María Claudia André.

Concluimos esta reseña con el epígrafe de Pablo Antonio Cuadra, que sirve de puerta de entrada al *corpus* central del libro: “Él nace de la tierra para dar al pueblo su palabra. Viene del silencio substancial de los siglos y de las cosas nicaragüenses a decir su mensaje ecuménico. El mensaje de América”.

CARLOS TÜNNERMANN BERNHEIM  
*Academia Nicaragüense de la Lengua*

Vallbona, Rima de. *De presagios y señales. Relatos del pasado azteca*. San José [Costa Rica]: Editorial Costa Rica, 2011. 119 p. ISBN: 978-9977-23-963-7. Impreso.

Fiel a esa polifacética habilidad narrativa que define su producción literaria, en *De presagios y señales. Relatos del pasado az-*

*teca*, Rima de Vallbona concierta un notable registro de insólitas y conmovedoras historias recogidas de vetustos códices, crónicas y antiguos textos compendiados de fuentes tan apreciadas como la *Historia general de las cosas de Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún o la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Asimismo, la extensa Introducción y las notas secuenciales establecen una clara exposición de lo que intenta el libro y el interés de la autora en ficcionalizar el nivel histórico del mundo azteca con amena verosimilitud.

Tras esta orientación inicial que dispensa el Introito, Vallbona fragmenta el texto en nueve relatos consignados a determinados sucesos históricos y curiosos eventos indicados en el encabezamiento de cada narración y respaldados por un epígrafe que introduce un autoritativo párrafo redactado por un antiguo historiador y que, a su vez, anticipa el tema que abordará la autora.

Estructurado en tal forma, el primer relato, “El pulque y el final de la dinastía tolteca”, basado en una relación de Fray Bernardino de Sahagún, cuenta el gran amor de un rey de las culturas toltecas por su favorita concubina y el hijo de ambos, motivo de una lucha fratricida instigada por tres hermanastros que intentan procurar el control absoluto de esa dinastía, fatal escenario de codiciosa envidia que debilitará el reino y ocasionará el derrumbe de cuatro siglos de dominación tolteca. Con magistral sagacidad narrativa por parte de Vallbona, el relato lo cuenta Xóchitl, la doncella de noble estirpe que preparó el pulque para su rey y conquistó su corazón. Luego de años de exultante felicidad, adversos sucesos precipitarán la discordia de los hermanastros hasta lograr el impactante final que da coherencia al título... “en estos últimos momentos... iré a enfrentarme al enemigo... aquí voy marchando hacia la muerte, al lado de mi rey Tecpantcaltzin... porque los otros, ancianos, niños, hombres y mujeres, han muerto ya luchando...” (42). Y con estas escuetas frases Xóchitl desglosa la caída de la que sin duda fue la más avanzada cultura del mundo azteca.

De los archivos históricos de Francisco Javier Clavijero obtiene la autora el relato siguiente, titulado “La princesa de Culhuacan convertida por los mexicanos en la diosa Toci”, que da cuenta de la impiedad de ciertas crueles liturgias. Aquí es el caso que, con el pretexto de honrar a Huitzilopochtli, dios protector de los mexicanos y, a pedido de ellos, Achitomelt, el soberano de Culhuacan, acepta entregar a su hija favorita en lo que aparenta ser una honrosa e inocua

deificación imantada por la presencia de la princesa. Pero, durante los festejos dedicados a celebrar la consagración de la diosa Toci –su hija– Achitomelt descubre el horrendo sacrificio que implicaba ese honor conferido a la joven princesa. Inconsolable ante la realidad de esa tétrica inmolación<sup>1</sup> y acometido por el deseo de venganza, Achitomelt y su gente vencen en batalla a los mexicanos quienes, expulsados de sus tierras y condenados al ostracismo “por otros pueblos que los consideraban salvajes e indeseables” (46), deambularán por varias generaciones hasta llegar a México–Tenochtitlán donde instalarán su futuro y poderoso Imperio Azteca. En este relato, los antecedentes de esta odisea están contados por un prosélito entusiasmado en recordar el triunfo de sus creencias, reforzadas por la voluntad de un sacerdocio de absoluto poder, que en su ignorancia oscura inflige horriblos suplicios a la mujer, nunca amparada ante esa monstruosa perversión religiosa.

Aun cuando se fomentaron ritos de despiadado tenor religioso, también hubo soberanos que, como Nezahualcoyotl, poeta y rey de Texcoco, declaró la existencia de un solo Dios “oculto e inalcanzable” y “Dador de la vida” (50). O bien como Quetzalcoatl, antiquísimo soberano tolteca quien, según apunta Vallbona “creía en un solo dios invisible” cuya naturaleza tranquila aborrecía “todo género de crueldad, guerra y sacrificios humanos” (91).

El advenimiento de una nueva religión de expansión espiritual llegará por vía de la prédica de los sacerdotes que vinieron con los conquistadores españoles. Con ellos se anunciará la Gracia, ese favor sobrenatural de trascendencia divina que ofrece el Dios cristiano, proclamado por ellos como el único de sempiterna universalidad. Receptoras de esta gracia fueron dos mujeres de la nobleza mexicana: la princesa Papantzin, hermana de Moctezuma II y Malintzin, también de ilustre cuna. La historia de Papantzin sólo se justifica como un milagro. Su nombre aparece en el Códice Ramírez (de origen desconocido) y en una de las Crónicas de Clavijero. En este relato la presenta un epígrafe que suplementa la información dada por el título: “Papantzin, hermana de Moctezuma II. Fatales augurios para los aztecas”. Por lo inopinado y curioso, el caso incita a contarlo. El suceso se explica así: a poco de

<sup>1</sup> El sacrificio consistía en desollar a la víctima y “que su piel se la vista el más esforzado joven de la comunidad para representar en vivo” a la diosa Toci (44).

fallecer su esposo, Papantzin cayó gravemente enferma y, según un informe oficial, murió en 1509. Las exequias fueron suntuosas y contaron con la presencia de toda la nobleza mexicana. Sus restos fueron depositados en “la cueva subterránea de su jardín” y luego tapados “por una lápida de piedra liviana”. Papantzin despertó al día siguiente y después de convencer a sus familiares de que estaba viva, los reunió y les contó los eventos de su “sueño letal” (88). Durante ese letargo se vio a orillas de un río donde se le apareció una criatura celestial arropada en blanco ropaje realzado con “un par de alas de ricas plumas vistosas” (89). Frente al río, el joven mancebo le habló del verdadero Dios y auguró que Papantzin, sería la primera en recibir el bautismo y la señalada en guiar a los suyos con su ejemplo. “Restituida a la vida” (91) y ya despierta de ese sueño irisado de sorpresas y futuras esperanzas, Papantzin sintió una “mansa paz” (91) y la certeza de alcanzar algún día las bonanzas que confiere la gracia divina. Se sabe que el pronosticado bautismo ocurrió en 1524. Este sacramento colmó su felicidad y la unió al cristianismo con el nombre de María Papantzin.

En el octavo relato, el título: “Malintzin, lengua y voz de Hernando Cortés” ya sugiere la actuación de Malintzin en la conquista española y los efectos positivos de su proceder cristiano. Aunque de nobleza mexicana y facultada con los buenos instintos heredados de su amado padre, al fallecer éste Malintzin perdió su posición en el hogar de su madre quien, casada en segundas nupcias, la desheredó para entronizar al hermanastro y otorgarle el cacicazgo que por derecho de ser la primogénita, y ex cacica, a ella le correspondía. Desahuciada de su hogar y, fortuitamente entregada a Hernán Cortés con otras diecinueve esclavas, esta inesperada circunstancia alteró su denigrada condición y le devolvió la dignidad que abrigaba “su noble porte” (97), su inteligencia superior y una belleza física alumbrada por la serenidad de su espíritu; por otra parte, su habilidad lingüística en el manejo de tres lenguas: la mexicana, la maya y, debido a su contacto con el invasor español también el castellano, fueron innegables cualidades que, simultáneamente, establecieron su preeminencia en el afecto del aguerrido Cortés, a la vez que le permitieron demostrar “su temple heroico” en los peligros que afrontaba con el general “en los campos de batalla” (97) y, cuando su sagacidad diplomática debía intervenir en las discusiones con los nativos que ella traducía de la lengua aborígen.

Incorporada al cristianismo con el nombre de Marina, practicó su fe con ejemplar diligencia y, revelando su fervor piadoso, perdo-

nó y consoló a su madre y a su hermanastro en momentos de grave apuro para ellos. Tal fue la contrición de ambos por las injurias que a sabiendas cometieron en el pasado que, ante la acogida cariñosa de Marina y su constante indulgencia y obsequios, ambos “madre e hijo se hicieron cristianos” (100). Cabría recordar aquí que a “esa extraordinaria mujer de temple viril” (109), como Bernal Díaz llamó a doña Marina en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, aún hoy se la conoce con el nombre de “la Malinche”<sup>2</sup>.

La plenitud espiritual en su más acabada transformación cristiana se encarna en Cristobalito, niño de trece años y ferviente converso del último relato de Vallbona titulado “Réquiem por Cristobalito, el primer niño cristiano, mártir de la idolatría en Tlaxcala” y quien, en sus acciones y sacrificios, perpetuará la excelsitud redentora de Cristo.

Del anhelo por privilegiar el pasado azteca da cuenta una excelente colección de pictogramas antiguos, sugerentes del motivo temático de cada relato, o bien justificados por una abstracción pictórica. Sin embargo, en tres de los veinte pictogramas se observa la sensibilidad creadora del artista, por ejemplo, al destacar la hermosura de doña Marina –La Malinche– que posa a la derecha de Cortés. Ineludible también es su presencia gentil que bajo el título *Tlaxcallan* aparece en el quinto relato.

NÉLIDA NORRIS  
*Instituto Literario y Cultural Hispano*

Vallbona, Rima de. *Voces olvidadas de la mujer Azteca. Su rescate en códices indígenas, crónicas y memoriales coloniales*. New York: Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2015. ISBN: 978-0-9903455-2-7.

Esta nueva obra de Rima de Vallbona representa una intensa labor de investigación basada en las crónicas de conquistadores

<sup>2</sup> En la nota 7 de la extensa Introducción, Rima de Vallbona comenta: “Persiste la costumbre equivocada de llamar a doña Marina “la Malinche”, cuando en realidad este apelativo, que significa en náhuatl “Dueño de la Marina” se le daba a Cortés. A ella se le aplicaba el nombre de “Malintzin”, que significa “Venerable Marina” (Díaz del Castillo: 120 y Solís: 65). (27).